

Terminando lo comenzado en Chile (y un recordatorio sanitario)

Después de haber girado en U para ir hacia el norte, aún aferrados a la sensación de la fauna que acabábamos de presenciar, comenzamos a regresar hacia Punta Arenas, la siguiente parada que nos prepararía para Torres del Paine. De camino al siguiente paso fronterizo de vuelta a Chile, pasamos la noche en Río Grande, esta vez en el lado Atlántico. En cuestión de horas, habíamos pasado del océano Pacífico al Atlántico.



En la playa, tuvimos uno de esos momentos de "espera un segundo". Si simplemente seguimos hacia el este... y si Taco Libre de repente desarrollara talentos anfibios... el siguiente tramo de tierra que alcanzaríamos nos llevaría de vuelta hacia Punta Arenas.

Pero como Taco Libre sigue siendo muy terrestre y sin snorkel, así que dimos la vuelta y nos dirigimos hacia el oeste.

¿Por qué volver a Torres del Paine? Llevábamos con nosotros una sensación de asuntos pendientes. O quizá más exactamente, sueños inconclusos. El sendero hasta la Base de las Torres se había quedado en nuestra lista de cosas por hacer. La última vez que estuvimos allí, el viento había sido implacable, y el día que habíamos planeado para el senderismo desapareció entre nubes y lluvia. Nos fuimos sabiendo que volveríamos.

Esta vez, Torres del Paine nos recibió de otra manera. Todavía estaba un poco nublado, pero el viento se había suavizado a aproximadamente la mitad de lo que habíamos vivido antes, aunque seguía ventoso. Las nubes entraban y salían, moviéndose por el paisaje como si eligieran cuidadosamente cuándo revelar a las torres y los cuernos.

A la mañana siguiente, todo cambió. El cielo se despejó. Las nubes, que habían permanecido el día anterior, parecían desplazarse a otro lugar, acumulándose sobre los glaciares y dejando las montañas completamente expuestas. Las torres y los cuernos permanecían visibles, como si hubieran estado esperando ser descubiertos.



Era el día perfecto para la caminata y la clave fue salir antes del amanecer, justo a tiempo para captar los primeros rayos de luz. Al salir el sol, este iluminó a los cuernos detrás del lago Pehoé.

La caminata hasta Base de las Torres no es una tarea fácil. Aproximadamente 22 kilómetros de ida y vuelta, con cerca de 1,000 metros de aumento de altura. Todo comienza suavemente antes de volverse cada vez más exigente. El tramo final es el que todos comentan: una subida empinada y rigurosa, realmente TENAZ, sobre rocas sueltas.

Al llegar a la cima, las Torres estaban mayormente visibles, elevándose sobre el lago glaciar. Pero las condiciones fueron un recordatorio rápido de quién mandaba. La temperatura bajó hasta los 2 o 3 grados, así que tras unos 45 minutos de absorberlo todo, llegó el momento de volver a bajar.



Durante nuestro último día en Torres del Paine, salimos a buscar pumas. Habíamos oído que a menudo se podían ver alrededor de Lago Azul y Laguna Amarga, especialmente a primera hora de la mañana o al final del día.

Desafortunadamente, no encontramos lo que buscábamos, pero encontramos otra cosa. En Laguna Amarga, conocimos a una pareja chilena, Eduardo y Tahia, que, como nosotros, viajaban a su manera híbrida, mezclando noches en hoteles con noches en su casa rodante. No lo sabíamos entonces, pero acabaríamos compartiendo bastante tiempo con ellos más adelante en medio de los fiordos.



Y mientras buscábamos pumas, empezamos a notar algo que no habíamos visto antes. En todos nuestros encuentros anteriores, los guanacos se mantenían bajos, dispersos por las llanuras, a menudo cerca de la carretera, pastando tranquilamente y observando pasar a los humanos, sin molestarse. Pero esa noche fue diferente.

Mientras manejábamos despacio por la zona, la mayoría ya no estaban. En cambio, de vez en cuando, veíamos a uno en lo alto a la orilla de la montaña, erguido e inmóvil, contemplando todo lo que había abajo. No podíamos evitar especular que se turnaban para vigilar al rebaño. Una especie de versión salvaje del cambio de guardia.

Tras dos días en Torres del Paine, regresamos a Puerto Natales para hacer lo que había sido una de las partes más esperadas de este viaje: el (supuestamente) ferry de 42 horas a través de los fiordos desde Puerto Natales hasta Puerto Yungay.

El ferry en sí era más pequeño de lo que esperábamos, de hecho, el más pequeño que habíamos tomado. Sabíamos que no sería un crucero lujoso, sin camarotes para dormir, solo un asiento y una cobija, pero aún esperábamos algo un poco más grande. Este ferry utilitario, construido simplemente para mover personas y carros de un punto a otro, tiene capacidad para unos 25 carros y unos 160 pasajeros.

Cargaron los carros primero, y mientras observábamos el proceso, no estábamos seguros de si podríamos abrir la carpa una vez a bordo. El espacio se sentía reducido, y la magnitud del ferry hacía que esa incertidumbre fuera muy real. Siempre sabíamos que esta trayectoria no sería un lujo – solo una aventura en la lejanía y la naturaleza.

A pesar de su sencillez, la experiencia fue muy agradable. Nos sentimos tranquilos con las cuatro duchas a bordo para 160 personas, especialmente con un cartel que decía "NO ORINAR EN LAS DUCHAS" (nosotros seguíamos usando chancas mientras nos duchábamos). Después de la primera ducha, notamos que un miembro de la tripulación limpiaba regularmente las cuatro duchas y los cuatro baños, así que estaban relativamente limpios.

El servicio de comidas también fue sorprendentemente bueno. Tres comidas al día, servidas en grupos según tu asiento, sencillas y sabrosas.



Nuestros puestos estaban en la primera fila, con espacio extra y una ventana amplia que nos daba una vista despejada.



Embarcamos un lunes a las 6:30 pm, con una salida prevista a las 5:00 de la mañana siguiente. Esa noche, después de instalarnos, abrimos nuestro penthouse en la cubierta del ferry y dormimos extremadamente bien... hasta alrededor de las 7:00 de la mañana, cuando el viaje realmente comenzó con el zarpe del ferry, y con él llegó el viento.

Era lo suficientemente fuerte como para sentirlo presionando contra la carpa haciéndonos preguntar, una vez más, si íbamos a salir volando como Mary Poppins. Hicimos algunos ajustes, apretando todo, confiando que aguantaría bien, y así fue.

Durante nuestro primer día a bordo, nos encontramos de nuevo con Eduardo y Tahia. Retomamos la conversación como si nos conociéramos desde hace años. Nos invitaron a su van para tomar una copa de vino, la cual aceptamos encantados.

Resultó que teníamos mucho en común, más que solo la pasión por viajar, la aventura y la naturaleza. Eduardo, al igual que Scott, es ingeniero y disfruta de la carpintería. Tahia, al igual que Mafe, tiene un lugar especial para los delfines. Y al igual que nosotros, sus vidas reflejan un equilibrio de opuestos: un pueblo pequeño para Scott y Eduardo, y una gran ciudad para Mafe y Tahia.



Fue una de esas conexiones inesperadas que parecen ocurrir con más facilidad ahí donde el mundo se siente al mismo tiempo vasto y extrañamente pequeño.

A medida que el ferry se adentraba más en los fiordos, el paisaje empezó a cambiar. Al principio, las montañas estaban cubiertas de un verde intenso, con glaciares escondidos entre ellas. Luego, casi sin darnos cuenta, el paisaje cambió. El verde dio paso a la roca, los glaciares desaparecieron y las montañas se volvieron más afiladas, más escarpadas... y en menos de nada, el verde y el hielo volvieron de nuevo.

Esperábamos cielos despejados y sol. En cambio, los días fueron mayormente nublados, con tramos de lluvia que iban y venían. Pero no importaba, todo seguía siendo hermoso.

Como le gusta decir a Scott, parte de tener buen karma con el tiempo es apreciar el tiempo que tienes. Y en la Patagonia, donde las nubes y la lluvia son la norma, se sentía especialmente cierto.

Las montañas se revelaban en fragmentos, jugando a las escondidas con las nubes mientras avanzábamos por pasajes estrechos. A lo lejos, aparecieron de repente cascadas, como rayos congelados en las rocas.

Desde dentro del ferry, todavía podíamos ver vida moviéndose por el mar: pingüinos y leones marinos sumaban a la experiencia.



También pasamos junto a un barco abandonado que lleva allí desde 1968. Algunos dicen que fue intencionadamente encallado tras un cargamento de azúcar robado, otros dicen que el capitán buscaba oro de otro naufragio. Sea cual sea la historia, fue impactante ver una nave tan enorme en un lugar tan remoto y hermoso.

Durante nuestro segundo día, el ferry hizo una breve parada en el pequeño y remoto pueblo de Puerto Edén. Nos bajamos unos minutos, suficiente para disfrutarlo. Solo accesible en barco, parecía un lugar que existía completamente bajo sus propias reglas.

Encontramos un vendedor de empanadas. Naturalmente, no lo pensamos dos veces: cangrejo y queso... ¡Delicia total!

Luego vimos un cartel colgado: Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo. Era el 17 de marzo – quizás era la lejanía, o quizás el tiempo simplemente pasa diferente allí, o quizás es el duende “leprechaun” quien trae regalos a cambio de empanadas el día de San Patricio.

Esa noche, el viento se calmó y subimos a nuestro penthouse, cálido y estable sobre la cubierta, mientras el ferry nos llevaba más adentro de los fiordos. Para la mañana del jueves, el viaje estaba llegando a su fin. El ferry hizo una parada temprana en Caleta Tortel, pero nos quedamos arrunchados en nuestros sleeping bags, sabiendo que volveríamos pronto.

Sobre las 9:30 de la mañana llegamos a Puerto Yungay – lo que se suponía que iba a ser un viaje de 42 horas se convirtió en 63 horas. Y sin embargo, no cambiaríamos nada de la experiencia.

Desde allí, nos fuimos en el ferry hacia Puerto Río Bravo, y luego continuamos el viaje hasta Villa O'Higgins, el final de La Carretera Austral. El camino desde Puerto Río Bravo se sentía como otro mundo.

La carretera estrecha, sinuosa y rodeada de montañas imponentes cubiertas de verde y decoradas con cascadas en todas sus formas posibles: altas, bajas, estrechas y anchas. Notamos que este tramo en particular no tenía nombre de circuito, como el resto de Chile, así que decidimos que necesitaba un nombre: El circuito de las chorreras.

Mientras manejábamos, teníamos montañas a nuestra derecha, a menudo marcadas por recientes desprendimientos de rocas, o "falla geológica", y precipicios pronunciados hacia ríos y lagos a nuestra izquierda.

Villa O'Higgins nos recibió como un tranquilo pueblo montañoso, con casas de madera y una plaza de armas central enmarcada por picos imponentes. Nos recordó que, como en Perú, las plazas principales de Chile llevan el mismo nombre de "plaza de armas".

Exploramos algunos desvíos, incluyendo un paso fronterizo que requería manejar por un río. El agua llegaba a la mitad de las puertas. ¿Qué nos detuvo? Taco Libre sigue sin tener snorkel.



El cruce estaba cerrado por el nivel tan alto de agua en el río de Argentina, pero nos sugirieron ir hacia Lago Christie, otro lago remoto e impresionante. De vuelta hacia O'Higgins, cóndores llenaban el cielo, dando vueltas, interactuando entre ellos, y en un momento dado, uno voló sorprendentemente cerca, un juvenil – sin miedo, igual a los jóvenes humanos. Mira nuestro vídeo de YouTube: Cóndor!



Después de Villa O'Higgins, acampamos a lo largo del río Baker, el río más grande de Chile en volumen, conocido por su llamativo color turquesa. A la mañana siguiente nos dirigimos a Caleta Tortel.

Un pueblo fundado en 1955, construido completamente sin carreteras, conectado en su lugar por pasarelas de madera que se extienden a lo largo de los fiordos. Lo que más nos sorprendió fue lo completo que se sentía. A pesar de su aislamiento, tenía todo lo que un pueblo necesita: una biblioteca pública, una universidad, una guardería, dos plazas, la fiscalía, ¡incluso una casa cultural!

Nos dejó preguntándonos: ¿cómo se construyó todo esto? No podemos imaginar cómo pudo haber llegado la maquinaria. Para llegar allí se requería un ferry diminuto, aún más pequeño que los otros, que transportaba solo unos ocho carros – en cuanto más al sur íbamos, más pequeños se hacían los ferris – y la rampa del ferry no parecía capaz de poder recibir un barco más grande.

Después de Tortel, continuamos hacia Cochrane, donde presenciamos dos confluencias notables: la unión del Río Baker y el Río Chacabuco, el contraste fue inmediato: el color turquesa se encontró con el café profundo, los colores corriendo uno al lado del otro antes de fundirse. Más adelante, el Río Baker con el Río Nef, colores azules lechosos glaciales se unieron a la mezcla, creando una tabla de colores increíble.

Y luego, un último ferry, ¡uno aún más pequeño! Una plataforma de un solo vagón que nos llevaba a través del río Baker, sin motor, guiada solo por la corriente.

Al otro lado, nos reincorporamos a la Ruta 7 y continuamos hacia el Lago General Carrera. A lo lejos, donde antes habíamos visto el Cerro San Valentín a plena vista, esta vez, permaneció oculto tras las nubes.



Y con eso, completamos los 1.247 kilómetros de La Carretera Austral.

Desde aquí, cruzamos de nuevo a Argentina y seguimos hacia el norte, anticipando zigzags de este-oeste que se han convertido en parte de nuestra forma de viajar.

29 de marzo del 2026

